

# “País mío no existes”. Apuntes sobre Roque Dalton y la historiografía contemporánea de El Salvador.

Por Mario Vázquez Olivera\*  
mario3p@yahoo.com

## Resumen

*Este artículo hace un análisis sobre la importancia de la obra de Roque Dalton para el estudio de la historiografía salvadoreña de las últimas décadas y cómo esa obra ha influenciado la concepción de la historia no sólo de la izquierda, sino de buena parte de la población salvadoreña. El autor incluye, además, una interesante reflexión sobre el poco interés que en El Salvador se ha dado a la historia y la necesidad de revisar y cuestionar las tradicionales explicaciones que se han dado al respecto.*

*Vázquez destaca la influencia del historiador Jorge Arias Gómez en la génesis de los trabajos historiográficos de Dalton, y trata de explicar las diferencias de ambos autores, tanto en su concepción de la historia, como en la forma de escribirla. Para ello hace un análisis de “Las historias prohibidas del Pulgarcito”, obra clave de la deconstrucción de la historia salvadoreña realizada por el poeta.*

## A la memoria de don Jorge Arias Gómez

La historiografía constituye un aspecto medular de la configuración ideológica y política de todo Estado nacional. Siempre controvertida, hilvanada generación tras generación con retazos alternados de recuerdo y olvido, la historia escrita constituye al mismo tiempo memoria vital y también testimonio de las distintas maneras en que dicha memoria ha sido preservada. Y ese estilo, la forma peculiar en que los pueblos y Estados recrean su pasado, dice tanto de sí mismos como las propias narraciones que configuran su Historia. Extrañamente, en El Salva-

dor el quehacer historiográfico ha contado desde siempre con escasos adeptos. Es un hecho que, con excepción de Belice, la tradición historiográfica de dicho país es la más pobre de toda Centroamérica. Apenas suman unos 150 los libros de historia publicados en los últimos treinta años, y han sido escritos en su inmensa mayoría por sociólogos, economistas, literatos, abogados, periodistas y militares;<sup>1</sup> cabe mencionar también que apenas a principios del año 2002 fue establecida la licenciatura en Historia como una carrera universitaria.

\*Investigador del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos Universidad Autónoma de México (UNAM).

1 Cfr. Mario Vázquez Olivera. (coord.), *Bibliografía historiográfica de El Salvador*, San Salvador, Universidad

de El Salvador, 1995. También el artículo de Margarita Silva y Irma Viegas “Balance de la historiografía salvadoreña” en *Repertorio*, *Revista del Archivo General de la Nación*, www:agn.gov.sv.

Algunos atribuyen esta “miseria” historiográfica a la mezquindad y ceguera política de la oligarquía salvadoreña, a su pobre cultura y escaso sentido de nacionalidad, así como al carácter retrógrado y obtuso de los sucesivos gobiernos de extrema derecha que han regido los destinos del país desde finales del siglo XIX. Esta interpretación es demasiado simplista. En países vecinos como Guatemala, Honduras y la Nicaragua de los Somoza, los estudios históricos alcanzaron un desarrollo muy superior en similares o peores circunstancias políticas. Y por si no bastara esta referencia comparativa, puede probarse que los mejores tiempos para la historiografía salvadoreña fueron precisamente los años felices del liberalismo oligárquico de principios del siglo XX así como la dictadura del general Maximiliano Hernández Martínez (1932-1944), y que en la actualidad, bajo el gobierno derechista del partido ARENA, se experimenta un notable renacimiento de la disciplina.

Por otra parte, si bien es cierto que la falta de respaldo gubernamental ha dificultado sobremanera el trabajo de los historiadores salvadoreños, obligándolos a sortear innumerables obstáculos para poder realizar y difundir sus investigaciones, no es difícil constatar que el menosprecio hacia la historia nunca fue privativo de la extrema derecha; a lo largo del siglo XX sucesivas generaciones de intelectuales de oposición, reformistas y revolucionarios, también manifestaron actitudes semejantes.

Así, entre los portavoces más destacados de esta “tradición” antihistoricista puede señalarse al famoso pensador vitalista de los años veinte, Alberto Masferrer, quien como alternativa a las alegorías patrióticas de orientación oficial, acuñadas en los tiempos de esplendor de la república oligárquica, en su opinión “fantasmagóricas”, vacuas, y

falsamente nacionales, postuló la adopción de un credo inmedatista, muy afín a la peculiar idiosincrasia del pueblo salvadoreño. En su opinión las urgencias del hoy, y no las especulaciones en torno del ayer, debían orientar la regeneración de la patria. Como escribió en 1928 en la edición inaugural de su famoso periódico *Patria*:

*“En este diario la palabra Patria tendrá perennemente una significación... muy concreta: significará, en primer lugar y ante todo, la vida de los salvadoreños que viven actualmente. El escudo, la bandera, los próceres, los antepasados... Atlacatl, la mitología india y todo lo demás que forma el Ayer, pasará a segundo término, por muy interesante que parezca. Sin duda no negaremos el pasado, ni olvidaremos que es la semilla de que ha nacido el presente. Solo que, urgidos por la necesidad, y dándonos cuenta exacta de que estamos viviendo horas de peligro y de dolor... nos vemos obligados a concentrar todas nuestras fuerzas en torno al momento que se llama hoy”.*<sup>2</sup>

Tras la caída del dictador Hernández Martínez, la figura y la obra de Alberto Masferrer fueron reivindicados por los gobiernos militares que se sucedieron en el poder hasta finales de los años setenta. De manera paradójica, su postura con relación al estudio de la historia se asemeja en mucho a la actitud que asumieron intelectuales y dirigentes revolucionarios de El Salvador durante la pasada guerra civil (1980-1992). Cabe recordar que aún durante los momentos más duros del conflicto tanto la Universidad de El Salvador como la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, las dos consideradas “de izquierda”, lograron mantener en funcionamiento facultades y departamentos de tradicional inclinación “subversiva”,

2. Alberto Masferrer, *Patria*, San Salvador, Editorial Universitaria, 1960, p. 11.

como Derecho, Letras, Periodismo o Filosofía. Asimismo, sus respectivas editoriales publicaron libros y revistas de contenido crítico, antigubernamental, e incluso abiertamente de propaganda revolucionaria. En cambio, no dedicaron mayores esfuerzos a fomentar el estudio o la divulgación de la historia patria.

Desde luego, para explicar esta extraña vocación de “desmemoria”, que sin duda constituye un aspecto característico de la cultura salvadoreña, se requiere de un estudio a profundidad del desenvolvimiento intelectual del país en el contexto general de la formación del Estado, lo cual trasciende por mucho los propósitos del presente ensayo. Sin embargo es importante mencionarlo desde un principio pues enmarca y justifica nuestro tema de análisis.

¿Por qué le concedemos importancia al poeta Roque Dalton dentro de nuestro examen de la historiografía contemporánea de El Salvador? En primer lugar, porque tenemos la certeza de que en dicho país, dada su débil tradición historiográfica, fueron ideólogos, y en particular literatos, quienes estructuraron las narrativas históricas de la nación más perdurables e influyentes.

Tal fue el caso de Francisco Gavidia (1864-1955), una de las primeras figuras del modernismo centroamericano y sin duda la figura cimera de la literatura nacional. Su obra está constituida en gran parte por una florida alegoría literaria, mitológico-patriótica, de cuño liberal y tintes hegelianos, que hacia el final de su vida resumió y postuló como filo-

sofía de la historia en su poema *Sooter*.<sup>3</sup> El vastísimo *corpus* gavidiano constituyó la principal fuente de inspiración de la historia de bronce de corte oficialista, que floreció en El Salvador durante las primeras cuatro décadas del siglo XX.

Irónicamente, sin embargo, quien siguió más de cerca los pasos del *maestro* Gavidia fue quizá su principal detractor, Roque Dalton García (1935-1975), poeta y ensayista de vanguardia, y militante revolucionario, muerto en los albores de la guerra civil.<sup>4</sup>

Actualmente, Dalton es reconocido como uno de los autores más influyentes dentro la historia literaria de El Salvador. A semejanza de Gavidia, dedicó una gran parte de su obra a reflexionar sobre la historia, la cultura y la identidad nacional salvadoreña. Sus reflexiones al respecto estuvieron vinculadas estrechamente a su militancia comunista y al proyecto político del movimiento insurreccional surgido a principios de los años setenta. Por ser uno de los ideólogos más destacados del movimiento insurgente, y sin duda el principal hombre de letras de la revolución, y dado el profundo impacto que tuvo el estallido revolucionario en la vida política, social e intelectual de El Salvador durante las últimas tres décadas del siglo XX, su obra y su figura llegaron a cobrar una especial relevancia, no solamente en el campo de las letras sino también en el terreno ideológico, y dentro de éste, ciertamente, en cuanto se refiere a interpretar la historia nacional.

3 Francisco Gavidia, *Sooter*, en *Obras Completas* v. 2, San Salvador, Dirección de Publicaciones, 1976. Con respecto a la interpretación gavidiana véase Rafael Lara Martínez, *Historia sagrada e historia profana. El sentido de la historia salvadoreña en la obra de Francisco Gavidia*, San Salvador, Dirección de Publicaciones, 1991.

4 No existe hasta la fecha una biografía de Roque Dalton. Una amplia serie de referencias bibliográficas acerca de su vida y su obra puede verse en Rafael Lara Martínez, ed., *En la humedad del secreto. Antología poética de Roque Dalton*, San Salvador, Dirección de Publicaciones, 1994.

## La Historia y las historias de Roque Dalton

Hijo ilegítimo de un empresario estadounidense radicado en El Salvador, Dalton compartió de niño el ambiente exclusivo de la aristocracia local así como la vida rutinaria de la clase media capitalina. Tras una corta estancia en Chile inició la carrera de abogado, que pronto abandonó para dedicarse a escribir, a beber y a conspirar contra el gobierno de turno. Ya para entonces -hacia mediados de los años cincuenta- se había revelado como uno de los más prometedores talentos poéticos del país. De esos años data su ingreso al Partido Comunista de El Salvador (PCS). La notoria actividad política de Dalton, y sobre todo sus viajes a Cuba y Europa socialista representando al PCS, lo condujeron a prisión en un par de ocasiones, y a vivir un breve exilio en México y La Habana entre 1961 y 1963. En 1965, amenazado de muerte tras escaparse de una cárcel, abandonó El Salvador. El PCS lo envió a Praga, como corresponsal del partido ante la *Revista Internacional*. En 1967 dejó Checoslovaquia para establecerse en Cuba como parte del equipo de Casa de Las Américas.

A pesar de haber fungido como representante internacional del PCS, Dalton nunca ocupó un sitio importante dentro de la jerarquía partidaria. De hecho, su estancia en Praga, donde trabajó en estrecho contacto con la burocracia de la Cominform, influyó de manera determinante en su decisión de abandonar el partido. Pero en un primer

momento su posición como funcionario internacional le permitió viajar por el mundo y entrar en contacto con las tendencias más novedosas del movimiento socialista radical de Asia, Europa y América Latina, así como con las vanguardias intelectuales del momento.

Una vez instalado en Cuba, Dalton se convirtió en protagonista imprescindible de la tertulia intelectual y política de la izquierda latinoamericana que por aquellos años tenía en La Habana una importante sede. Hacia finales de los años sesenta, el salvadoreño se vinculaba por igual con afamadas personalidades del mundo literario que con políticos de izquierda y dirigentes revolucionarios. Julio Cortázar, Pedro Orgambide, Enrique Lhin, Silvio Rodríguez y Mario Benedetti, entre otros muchos, le prodigaban particular afecto.<sup>5</sup> Una consideración semejante gozaba por parte de Régis Debray, Manuel Piñeiro -el famoso “Barbarroja”-, y Fidel Castro, con quien mantenía una estrecha relación personal y política.

En aquella Habana floreciente y pletórica, la obra de Dalton alcanzó su plena madurez. Allí cobraron cuerpo sus libros más importantes: *Taberna y otros lugares* (poesía), *¿Revolución en la Revolución? y la crítica de la derecha*, (ensayo político), *Miguel Marmol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (historia oral), *Las historias prohibidas del Pulgarcito* (collage histórico) y *Pobrecito poeta que era yo*, (novela autobiográfica).<sup>6</sup>

En 1970, el traductor de la edición italiana de su libro sobre Debray presentaba a nuestro autor de la siguiente manera: “Políticamente, Dalton pertenece a la corriente

5 *Ibid.*

6 *Taberna y otros lugares*, La Habana, Casa de las Américas, 1969; *¿Revolución en la Revolución? y la crítica de la derecha*, La Habana, Casa de las Américas, 1970; *Miguel Marmol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, San José, EDUCA, 1972; *Las historias prohibidas del Pulgarcito*, México,

Siglo XXI, 1974; *Pobrecito poeta que era yo*, San José, EDUCA, 1976. La bibliografía más completa de Roque Dalton puede verse en Rafael Lara Martínez, ed., *En la humedad del secreto. Antología poética de Roque Dalton*, San Salvador, Dirección de Publicaciones, 1994.

crítica surgida en el seno del movimiento comunista latinoamericano sobre la base del triunfo de la revolución cubana y de la influencia ejercida por Guevara.”<sup>7</sup>

En efecto, para entonces el antiguo funcionario “del Partido Comunista más chiquito del mundo”<sup>8</sup> era ya un decidido partidario de la lucha armada y tras romper con el PCS preparaba su retorno clandestino a El Salvador convertido en combatiente del Ejército Revolucionario del Pueblo.<sup>9</sup>

Este hecho tuvo una especial relevancia en el problema que nos ocupa. Para comprenderlo mejor es necesario mencionar antecedentes que, si bien no son desconocidos, no han sido ponderados debidamente por los estudiosos de su vida y su obra.

Desde muy temprano la producción literaria de Roque Dalton se caracterizó por su interés en las raíces históricas y culturales de El Salvador y su mordaz cuestionamiento del nacionalismo oficialista. Dos personas ejercieron en ello una notable influencia. El escritor y antropólogo Pedro Geoffroy Rivas (1908-1979), quien había trabajado largo tiempo en México, así como su amigo y mentor político Jorge Arias Gómez (1923-2002), por ese entonces líder estudiantil, más tarde abogado, periodista y profesor universitario, miembro del Comité Central y destacado cuadro intelectual del PCS.<sup>10</sup>

Hacia finales de los años cincuenta

Arias Gómez asumió la encomienda de orientar ideológicamente a Roque Dalton y otros jóvenes escritores de la llamada “generación comprometida”. Entre otras cosas, buscó transmitirles su propio interés en combatir la versión convencional de la historia salvadoreña, y proponer en cambio una versión alternativa, “comunista”, es decir inspirada en el marxismo pero también nacionalista y sobre todo apegada a los lineamientos partidarios. Él mismo había iniciado dicha tarea al emprender el rescate historiográfico de figuras negadas por la mitología gavidiana y el discurso oficial, como el cacique Anastasio Aquino, dirigente de la sublevación de los indios nonualcos en 1833, o el fundador del PCS, Farabundo Martí, fusilado tras la revuelta popular de 1932.

A la larga, la iniciativa de Arias Gómez fue exitosa en el terreno de la propaganda política. Aún cuando no había sido éste su propósito original, al reivindicar la insurgencia campesina y el historial combativo del PCS contribuyó a reforzar las tendencias radicales dentro del movimiento popular y la oposición de izquierda, incluyendo su propio partido, antecedente inmediato de la aparición de la guerrilla. En cambio, en el ámbito académico las ideas del abogado comunista con respecto a renovar la escritura de la historia no encontraron una recepción igualmente favorable. A diferen-

7 Roque Dalton, *Regis Debray. Difesa e bilancio di una nuova teoria della rivoluzione*. Milán, Giangiacomo Feltrinelli Editore, 1970, contratapa.

8 Roque Dalton, del poema «El ser social determina la conciencia social» en *Taberna y otros lugares*, p.132.

9 Durante los años sesenta El Salvador fue escenario de importantes movilizaciones reivindicativas. Desde una especie de semiclandestinidad, el PCS desempeñaba un importante papel en la conducción de estas luchas. Sin embargo, al igual que la mayor parte de los partidos comunistas latinoamericanos, permaneció refractario a las tendencias radicales que se iban desarrollando en su seno al calor de las movilizaciones de masas y bajo el

poderoso influjo del ejemplo cubano. La gota que vino a derramar el vaso, marcando la separación definitiva de los sectores más radicalizados del partido, fue el respaldo que brindara el PCS al gobierno militar salvadoreño con ocasión a la guerra contra Honduras en 1969. El desenlace inmediato de esta coyuntura fue el nacimiento de las primeras agrupaciones guerrilleras de El Salvador, las Fuerzas Populares de Liberación y el Ejército Revolucionario del Pueblo.

10 Conversaciones personales con el doctor Jorge Arias Gómez, San Salvador, 1994-2000. Acerca de su relación con Dalton véase Jorge Arias Gómez, *En memoria de Roque Dalton*, San Salvador, Editorial Memoria, 1999.

cia de otras disciplinas sociales y humanísticas (economía, sociología, derecho, filosofía, filología), en las que el marxismo fue rápidamente adoptado, la historia continuó siendo coto de los historiadores anticuarios de extrema derecha congregados en la Academia Salvadoreña de la Historia. El mismo Arias Gómez, absorbido por sus compromisos partidarios, relegó a segundo plano su trabajo de investigación.

Hacia principios de los años setenta la historiografía de nuevo cuño producida en El Salvador se reducía a algunos cuantos artículos publicados en la revista de la Universidad, los trabajos de Arias Gómez y otros estudios monográficos como la historia de la prensa y la biografía de Gerardo Barrios escritas por Ítalo López Vallecillos, el pequeño libro de Dagoberto Marroquín acerca de la independencia y el manual de historia económica de David Alejandro Luna.<sup>11</sup>

Por su parte, fuera de López Vallecillos ninguno de los otros miembros de la “generación comprometida” mostraron mayor entusiasmo por los estudios históricos. Su interés en este campo se limitó a la publicación de poemas sueltos, en general alegóricos y de escasa trascendencia. La propia producción de Roque Dalton durante la mayor parte de los años sesenta exhibe tal característica, no obstante haber sido el más persistente de todos en cuanto se refiere a la

exploración literaria de temas relativos a la cultura popular, las tradiciones y la historia de El Salvador.

Lejos de su país, sin embargo, la reflexión sobre estos temas llegó a convertirse en una de las preocupaciones fundamentales de nuestro autor. Tenía el antecedente de una breve pero formativa estancia en México, donde inclusive cursó alguna materia en la Escuela de Antropología. Luego, su estrecho contacto con intelectuales comunistas y revolucionarios de Asia, África y América Latina en Europa socialista, pero sobre todo su fecunda estancia en Cuba, parecen haberle revelado la importancia del nacionalismo cultural y político como factor fundamental dentro de la lucha revolucionaria y antiimperialista en el Tercer Mundo.<sup>12</sup> Asimismo, sus múltiples lecturas y su relación personal con intelectuales vanguardistas de Europa le abrieron los ojos a perspectivas de interpretación histórica y social que rebasaban por mucho el marxismo de manual, falsamente ortodoxo, mecánico, esquemático y sectario, tan caro a los comunistas latinoamericanos de aquel tiempo. Gracias a ello su reflexión sobre la historia, la cultura y “el ser” de El Salvador fue mucho más profunda y transitó por vías diferentes a las que había emprendido Jorge Arias desde una perspectiva “comunista” más bien convencional.

Así, aunque en su primer experimen-

---

<sup>11</sup> Ítalo López Vallecillos, *El periodismo en El Salvador: bosquejo histórico-documental, precedido de apuntes sobre la prensa colonial hispanoamericana*. San Salvador, Editorial Universitaria, 1964, y *Gerardo Barrios y su tiempo*. San Salvador, Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación, 1967. Alejandro Dagoberto Marroquín, *Apreciación sociológica de la Independencia*, San Salvador, Editorial Universitaria, 1964, y David Alejandro Luna, *Manual de historia económica de El Salvador*. San Salvador, Editorial Universitaria, 1971, y *Análisis de una dictadura fascista latinoamericana: Maximiliano Hernández Martínez, 1931-1944*. San Salvador, Editorial Universitaria, [1970?]. Jorge Arias Gómez, *Anastasio Aquino, recuerdo, valoración y presencia*, San Salvador, Editorial Universitaria, 1963, y

*Farabundo Martí. Esbozo biográfico*. San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1972.

<sup>12</sup> A reserva de hacer un análisis comparativo más detallado, puede mencionarse como un antecedente en este sentido el movimiento cultural de orientación nacionalista que impulsaron importantes intelectuales salvadoreños durante los años veinte, como Arturo Ambrogí, Juan Ramón Uriarte y Miguel Ángel Espino. Cabría discutir si la reivindicación de Salarrué por Roque Dalton puede ser considerada como un puente entre ambas perspectivas. Cfr. Carlos Gregorio López Bernal, “El proyecto liberal de nación en El Salvador (1876-1932)”, cap. 3, San José, Universidad de Costa Rica, 1998, tesis de maestría inédita.

to de carácter historiográfico, una monografía de El Salvador publicada en Cuba en 1963,<sup>13</sup> Dalton buscó ceñirse a ciertos cánones de la interpretación marxista, hasta donde él entonces alcanzaba a comprender, muy pronto dejó de lado dicha pretensión y se inclinó de manera decidida por el análisis cultural (hoy diríamos culturalista) de la historia salvadoreña, y en particular de la conformación del Estado nacional. Si bien nunca dejó de reclamarse como marxista-leninista, es obvio que su perspectiva heterodoxa, el menos en cuanto se refiere a su lectura de la historia, lo situaron más cerca del nacionalismo cultural que del materialismo histórico.

Tomando en cuenta lo anterior no es de extrañar que en sus reflexiones acerca de la cultura, la identidad y la historia salvadoreñas el factor emocional privara por encima del análisis científico. De hecho, de la deconstrucción de las nociones convencionales de patria y patriotismo Dalton derivó desgarradores cuestionamientos existenciales e ideológicos, que sus experiencias en la cárcel y los sucesivos exilios tiñeron de amargura.

¿Qué era El Salvador? ¿Valía la pena tomarlo en serio, hablar su pobre lengua, su-

dar su calor? ¿Tuvo un pasado? ¿Podía tener futuro? ¿Tenía algún sentido pensar en el retorno?

Sus conclusiones al respecto no admitían concesiones. En la distancia El Salvador aparecía desdibujado. La historia de la patria era un largo memorial de escarnios y vergüenzas. La mitología gavidiana semejava un viejo desván lleno de símbolos ridículos. La prédica moralista de Alberto Masferrer era palabra muerta ante los miles de campesinos asesinados en las matanzas de 1932. La actitud “oportunista” y “claudicante” del PCS, traición a la sangre derramada por el pueblo. Tal perspectiva quedó plasmada en su libro consagratorio *Taberna y otros lugares*, que en 1969 recibió el premio Casa de las Américas. Este poemario, dedicado por su autor a Jorge Arias Gómez, resume la trayectoria personal de Roque Dalton durante la década de los sesenta, sus cárceles y exilios, sus peripecias personales en Europa oriental y sus dolorosas reflexiones acerca de la patria. “País mío no existes / sólo eres una mala silueta mía / una palabra que le creí al enemigo”, hizo constar en el poema *El gran despecho*, y bajo el título de *El alma nacional* compuso un himno apátrida, de amargo sentimiento:

*Patria dispersa: caes  
como una pastillita de veneno en mis horas.  
¿Quién eres tú, poblada de amos,  
como la perra que se rasca junto a los mismos árboles  
que mea? ¿Quién soportó tus símbolos,  
tus gestos de doncella con olor a caoba,  
sabiéndote arrasada por la baba del crápula?  
¿A quién no tienes harto con tu diminutez?  
¿A quién aún convences de tributo y vigilia?  
¿Cómo te llamas, si, despedazada,  
eres todo el azar agónico en los charcos?*

No obstante el tono subido de estas expresiones, para el momento en que *Taberna* fue premiado, la perspectiva personal de

Roque Dalton acababa de dar un súbito viaje. Tras renunciar al PCS, había decidido sumarse a la naciente guerrilla salvadoreña.

Al asumir tal decisión no solamente creyó resolver sus propias incertidumbres existenciales y políticas, también encontró una salida conceptual a su desgarramiento patriótico. El advenimiento de la guerra revolucionaria en El Salvador le permitió vislumbrar la respuesta a sus dolorosos cuestionamientos respecto al “alma nacional”, al pasado y porvenir de su amada/odiada patria.

En El Salvador la nación era posible si había revolución. Sólo un evento semejante podría revelar al pueblo salvadoreño su identidad y su destino. Para entonces la hora parecía llegada; tras la guerra con Honduras se produjeron importantes escisiones en las filas del PCS que dieron origen a los primeros grupos insurgentes. Para Dalton era la luz al final de túnel. Sólo entonces, en el marco del proyecto político de la revolución radical, podía reconstituirse una noción positiva de la patria. Más aún, hacerlo resultaba una tarea prioritaria. Y Dalton, en el pínaculo de su lucidez creativa, no tardó en asumir esta difícil empresa como una deuda propia. Así nació ese libro singular, *Las historias prohibidas del Pulgarcito*.

## Una historia collage

El núcleo central de *Las historias prohibidas* lo constituye una compleja reflexión acerca de la historia y la identidad de El Salvador, en la que a más de intentar deconstruir la narrativa dominante, de cuño oligárquico, y proponer una nueva genealogía de la patria, se postula el advenimiento de una nueva edad de la nación salvadoreña, un alumbramiento fincado en la valoración de la cultura popular y el impulso del proyecto na-

cionalista-revolucionario que enarbolaba la izquierda armada.

Se trata, sin duda, de un libro extraño. Documentos históricos, relatos, poemas, notas periodísticas, versos populares, en fin, materiales diversos de toda índole, se integran en un *collage* de meditada factura impresionista, estéticamente perfecto. Así, aunque ordenado cronológicamente, más que un relato histórico el discurso de Dalton constituye un lienzo cubista en el que las distintas facetas de la sociedad salvadoreña, su historia, su cultura, sus símbolos, su idiosincrasia, aparecen descompuestos en múltiples fragmentos, a la vez armónicos y contrastantes, como observados a través de un caleidoscopio.

De algún modo *Las historias prohibidas* constituye un buen ejemplo de esa mezcla de componentes que Marc Bloch señalaba no debían excluirse uno del otro: la investigación académica y “los propios placeres estéticos”<sup>14</sup>.

Sin embargo la intención del salvadoreño es completamente ajena al proceder del célebre historiador francés. Desde luego, puede leerse *Las historias prohibidas* como una bella y sugerente pieza literaria, sin más complicaciones, o en su defecto obligarnos a través de su lectura a reconsiderar la validez y utilidad de la historiografía como único lenguaje válido de la explicación histórica. Dalton nos hace dudar de aquel canon historiográfico que subraya que el único y auténtico propósito de la historia es el de explicar el presente del hombre a través de su pasado.

Para el historiador inglés Edward H. Carr la historia es un continuo diálogo entre pasado y presente, y el papel del historiador es comprender este proceso para darlo a en-

13 Roque Dalton, *El Salvador*, La Habana, Casa de las Américas, 1963, (Nuestros países). Reeditado en numerosas ocasiones, este libro sigue siendo usado como

libro de texto en la Universidad de El Salvador.

14 Marc Bloch. *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 3ª reimpresión, 1998, p. 12.



tender a la sociedad. Según este precepto, la objetividad de la historia radica precisamente en la capacidad del historiador de ponderar los distintos elementos del pasado en su explicación, tratando de ser lo más «imparcial» posible. Así, para el historiador la clave de la comprensión de la aventura humana está ante todo en el pasado, tanto en el suyo propio, como en el del mundo de su tiempo.<sup>15</sup>

Sin embargo ello no pareció convenir a nuestro poeta revolucionario. Anticipando interpretaciones de la epistemología posmoderna, para Dalton la función explicativa de la historia era completamente inútil, prescindible.

¿Realmente es necesaria la explicación histórica para tomar conciencia de nuestra realidad social, para asumirla y transformarla? Aunque parezca contradictorio, Dalton hubiera respondido negativamente. En su perspectiva la historiografía académica podía llenar grandes lagunas del conocimiento humano, pero era incapaz de resolver el dilema fundamental de la existencia social: la injusticia, la desigualdad, el egoísmo y la violencia. Por eso no veía en la historia escrita un medio de explicación, sino más bien un instrumento de manipulación política: “No existen «los misterios de la historia» / Existen las falsificaciones de la historia / las mentiras de quienes escriben la historia...”<sup>16</sup>.

En el caso de El Salvador, la falsificación de la historia patrocinada por la oligarquía liberal y consumada por sus acólitos intelectuales había sacado de la escena al verdadero protagonista de la construcción nacional: el pueblo mismo. Lejos entonces de ser una nación, El Salvador era más bien una entidad escindida, partida en dos por la histórica ceguera de la clase dominante. De

un lado estaba El Salvador aparente, miniestado ridículo, potestad de la oligarquía y de sus gobiernos militares; paraíso de la brutalidad, de la explotación, de la ignorancia. Del otro una identidad profunda y verdadera, de raigambre popular, susceptible de ser reconstruida a partir de los pocos elementos que habían sobrevivido a la bestialidad oligárquica.

Sobre esta base, Dalton postuló una nueva narración de la historia nacional, y delineó como un boceto, que habría de ser iluminado por las jóvenes generaciones, el deber ser de una identidad y una cultura alternativas, cuya emergencia constituía un antecedente indispensable para la existencia plena de El Salvador como entidad histórica autoconsciente.

En función de ese “rescate” Dalton emprendió la deconstrucción de los relatos “tradicionales” de la patria y propuso en cambio una reconstrucción igualmente subjetiva, comprometida pasional e ideológicamente con el presente inmediato, es decir, con la coyuntura revolucionaria que se perfilaba en el horizonte. En su recuento del pasado, subrayó aquellos aspectos «prohibidos» por la oligarquía, rescatando héroes y episodios ocultos o deformados por la mitología liberal, para restituirles su dignidad e incorporarlos a la nueva narrativa. Los principales trazos de la reconstrucción daltoniana en *Las historias Prohibidas* son los siguientes:

a) La conquista española de Cuzcatlán. De aquel episodio destaca la valiente resistencia de los indios nahuas contra Pedro de Alvarado, subrayando que por medio de una guerra de guerrillas los pueblos pipiles lograron resistir la ofensiva española por más de dos décadas. Actitud que contrasta con la de los señoríos del altiplano guatemalteco que, tras una débil resistencia,

15 Edward H. Carr. *¿Qué es la historia?*. Barcelona, Editorial Seix Barral, S. A., 1970.

16 *Reflexión*, en *ibid.*, p.226

se aliaron con Alvarado en la conquista de otros pueblos, como el pipil, únicamente para terminar como esclavos de los españoles en los lavaderos de oro.

b) La llamada conquista espiritual, de la cual rescata el carácter solapado de la resistencia indígena, manifiesta como idolatría, abulia y abandono, reflejo de la contradicción esencial del sistema de dominación española.

c) La lucha por la independencia, de la que subraya el carácter contrarrevolucionario de la consumación de 1821. Frente a próceres criollos reivindicados por el liberalismo, como el padre José Matías Delgado y Manuel José Arce, Dalton encarna la figura de mártires mestizos como Pedro Pablo Castillo, e intelectuales radicales como Antonio Marure, muertos en cárceles españolas, postulando el sacrificio de estos héroes de la Independencia centroamericana como conducta ejemplar de la nueva juventud.

d) La sublevación de los indios nonualcos en 1832-33, que en contraste con el tibio activismo de los hacendados criollos, Dalton consideró como el auténtico clamor de El Salvador profundo en favor de la independencia. A su feroz cabecilla, Anastasio Aquino, lo consagró como el único y verdadero Padre de la Patria, a contrapelo de la historia liberal en la que éste figuraba como una fiera abominable. En la visión de Dalton, esta sublevación era un antecedente directo de la insurrección popular de 1932, y ejemplo a seguir por los revolucionarios de su época.

e) La lucha de los caudillos liberales Francisco Morazán y Gerardo Barrios, mártires de la unidad centroamericana y la reforma anticlerical, sacrificados por la reacción oligárquica. Para Dalton estas figuras encarnaban el fracasado anhelo de la naciente burguesía por desplazar a la oligarquía colonial y constituirse en clase dirigente de la nueva

nación, fracaso que se había prolongado irremediablemente debido a las mismas vacilaciones de esa clase social y, sobre todo, a la nefasta ingerencia del imperialismo norteamericano.

f) La “consolidación” de la República sobre la base del orden oligárquico, el cultivo del café y la imposición del militarismo. Según nuestro autor, esto determinó la perenne pequeñez y provincialismo ridículo de la sociedad salvadoreña, blanco de su sorna mordaz de intelectual cosmopolita.

g) La insurrección de 1932, dirigida por el Partido Comunista, y la subsecuente masacre perpetrada por el ejército con un saldo de aproximadamente 30 mil víctimas. Hecho considerado por Dalton como el parteaguas de El Salvador contemporáneo, en su recuento este momento trágico y brutal que signó la imposición definitiva del orden oligárquico sale del olvido para prefigurar, y profetizar, un futuro inmediato de guerra y genocidio.

h) Finalmente, el enfrentamiento bélico con Honduras en 1969, el cual había marcado la esperada señal, el campanazo de salida del último y definitivo *round* de la contienda entre el pueblo salvadoreño y sus dominadores oligarcas. En este caso, más que las consecuencias sociales del brevísimo conflicto armado había sido su impacto en la conciencia de los comunistas su resultado más trascendental.

Como se ha mencionado previamente, para Dalton el rescate de la verdadera identidad de la patria era condición *sine qua non* de la existencia plena de El Salvador como entidad autoconsciente. Pero el carácter irreconciliable de la ficción oligárquica de carácter oficial y la identidad “prohibida” nacional y popular determinaba que la resolución del conflicto entre ambas debiera seguir un curso violento. Entonces pregónó el advenimiento de la guerra como premisa elemental e inevitable de aquel parto histórico.

Pero no la anunciaba como una tragedia sino como resultado de la maduración natural de la conciencia del pueblo, y habría de ser tan inevitable como necesaria.

Al tener como base esta apelación a la violencia, la nueva identidad de la nación salvadoreña, postulada por Dalton, quedaba marcada con un emblema ultraizquierdista. En el proyecto de dar a luz la identidad “prohibida”, la violencia no era un recurso contingente, era una premisa inicial. Sin violencia no habría revolución y

*“Yo volveré  
 no a llevarte la paz sino el ojo del lince  
 el olfato del podenco  
 amor mío con himno nacional  
 voraz  
 [...]
 necesitás bofetones  
 electro-shocks  
 psicoanálisis  
 para que despertés a tu verdadera personalidad  
 [...]
 habrá que meterte en la cama  
 a pan de dinamita y agua  
 lavativas de coctel Molotov cada quince minutos  
 y luego nos iremos a la guerra de verdad  
 todos juntos  
 para ver si así como roncas duermes  
 como decía Pedro Infante  
 novia encarnizada  
 mamá que parás el pelo”.*<sup>17</sup>

Poco más tarde, desde la clandestinidad, Dalton iba a reafirmar su persuasión

sin revolución no podría materializarse la verdadera identidad de la patria. Como en tantas ocasiones, la violencia habría de ser la partera de la historia. Más aún, sólo la violencia revolucionaria podría darle algún sentido al oscuro pasado de la patria, era el único remedio contra la desmemoria.

*Las historias prohibidas* concluye con una fatal advertencia, cumplida puntual y trágicamente por Dalton y sus camaradas pioneros de la revolución salvadoreña:

radical, apelando de nueva cuenta al espejo de la historia:

*“O sea que se trata de ser ultraizquierdistas eficaces  
 y no sólo ejemplares ultraizquierdistas derrotados  
 como los pipiles y Pedro Pablo Castillo y Anastasio Aquino  
 y Gerardo Barrios que terminó fusilado por los Dueñas  
 y los muertos del 32 y los invasores de Ahuachapán  
 y Paco Cbárez y el montón de caídos del pueblo...”*<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Ya te aviso, en *Las historias prohibidas...*, p.230

<sup>18</sup> *Ultraizquierdistas*, en *Poemas clandestinos*, El Salvador(?), Resistencia Nacional, 1977

## El profeta y los perros

Dalton no pudo atestiguar el desenlace de esta historia. En mayo de 1975 se convirtió en uno de los más tempranos mártires de la lucha revolucionaria, ejecutado por sus mismos compañeros del ERP bajo el cargo de traición a la causa y ser agente del “socialimperialismo” cubano.<sup>19</sup> El paradero final de sus restos mortales sigue siendo un misterio. Algunos dicen que en el terreno donde fue sepultado de manera clandestina se construyó un fraccionamiento. Otros afirman que su tumba, cavada de prisa en las faldas de un volcán, fue profanada por los perros. De alguna manera esta controversia macabra puede ser interpretada como una metáfora del destino que tuvo su herencia intelectual.

Si bien su actuación personal en la lucha revolucionaria fue sumamente breve y tuvo este trágico desenlace, su obra y su figura, convertida en emblema, desempeñaron un papel protagónico en el estallido insurreccional.

Poco tiempo después de su cobarde asesinato, los acontecimientos en El Salvador le daban la razón a sus últimos augurios. Cumpliéndose su anhelo, una violenta explosión social señalaba la irrupción de los marginados de siempre en la escena política, convertidos esta vez en «ultraizquierdistas eficaces». Los núcleos guerrilleros se empeñaban en apresurar el violento parto de la nueva nación. El Salvador “prohibido” parecía cobrar cuerpo; de la mano de Dalton recuperaba su “memoria”, su identidad profunda, su destino nacional.

En este proceso *Las historias prohibidas* se elevaron como una voz profética,

apuntalando el programa político de la revolución radical y delineando a la vez los principales elementos discursivos y propágandísticos de carácter histórico-cultural que entonces eran compartidos, por encima de sus interminables disputas sectarias, por las diferentes organizaciones de la izquierda armada. La “historia collage” no tardó en convertirse en el pequeño “libro rojo” de los militantes revolucionarios. Lo repasaron asiduamente dirigentes y bases del movimiento social. Asimismo fue lectura obligada para los estudiantes de la universidad, junto con el fabuloso *Miguel Mármol* y aquella vieja monografía de El Salvador que había publicado quince años antes.

Para finales de la década, el curso del proceso político en El Salvador parecía como dictado por el fantasma del poeta. La insurrección se anunciaba como un terrible alumbramiento. Y así como la prédica del obispo Romero fue la voz de los *sin voz*, los versos de Dalton y sus *Historias prohibidas* fueron el himno de batalla de miles y miles de jóvenes revolucionarios que ofendieron sus vidas en el altar sangriento de la nueva nación. “Cuando sepas que he muerto no pronuncies mi nombre», había advertido Dalton muchos años atrás en un críptico conjuro,<sup>20</sup> pero en esos días aciagos su nombre redivivo era un emblema de fuego en el país que se incendiaba.

Entre 1979 y 1981 la insurrección popular estuvo muy cerca de alcanzar la victoria, pero se paró en el intento. Luego vinieron la guerra y su caudal de atrocidades; incontables “lavativas de coctel Molotov”, “electro-shocks” y “bofetones”, sin que el país despertara a su “verdadera personalidad”, y al final las cosas tomaron otro rumbo.<sup>21</sup>

19 Cfr. Resistencia Nacional, *Por la causa proletaria*, s/l, Partido Socialista de Costa Rica, s/l

20 *Alta hora de la noche*, en Roque Dalton, *El turno del ofendido*, La Habana, Casa de las Américas, 1962.

21 Para un resumen del proceso revolucionario salvadoreño, desde la personal perspectiva del autor de este ensayo, véase Mario Vázquez, “Del desafío revolucionario a la reforma política. El Salvador, 1970-1992”, en Igna-

Consagrado como mártir y emblema intelectual de la causa revolucionaria, durante los años de la insurrección y luego todo el periodo posterior de la guerra civil, la figura de Dalton se agrandó hasta alcanzar una dimensión superlativa. Fue también un personaje entrañable a nivel popular; de hecho es ahora uno de los pocos escritores nacionales que podría mencionar cualquier persona interrogada en la calle. También su nombre se hizo legendario entre los círculos intelectuales y políticos de la izquierda latinoamericana.

Al término del conflicto armado, el reconocimiento de Dalton como una de las grandes figuras literarias de El Salvador se hizo extensivo a las instituciones gubernamentales. En 1994, en un señalado gesto de reconciliación política, el Ministerio de Educación publicó una antología poética de Roque Dalton que entre otras cosas destaca por su grueso volumen y sobre todo por rescatar del olvido numerosos trabajos suyos publicados en el extranjero, que hasta entonces eran prácticamente desconocidos en el país.<sup>22</sup> De manera paradójica, si bien actualmente el nombre de Dalton figura de manera insoslayable en los anales de la historia literaria de El Salvador, se desdeña de manera ostensible su elaborada interpretación de la historia patria, la cual sin duda constituye uno de los elementos más notables de su legado intelectual.

En términos generales este fenómeno se relaciona obviamente con el hecho de que el desenlace de la guerra tuvo un saldo favorable para la derecha oligárquica; la paz le permitió reestructurar su poder y consoli-

dar su hegemonía. Ejemplo de ello son los sucesivos triunfos electorales de la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), que desde 1989 encabeza el gobierno salvadoreño. Pero también es atribuible, cuando menos en parte, al afán de influyentes políticos e intelectuales, inclusive de la izquierda, por deslindarse del llamado “mito roquiario”. Para muchos, al igual que otras tantas banderas de la revolución, el paradigma nacional postulado por Dalton resulta anacrónico, del todo prescindible en El Salvador de la posguerra. Sin embargo la sombra del viejo maestro les pesa como lápida. Después de diez años de firmada la paz, transcurridos por cierto en condiciones excepcionales de libertades civiles y estabilidad política, no se ha producido una reflexión acerca de la historia y la cultura nacionales equiparable en amplitud, profundidad y sentido crítico, a la que Dalton virtió en *Las historias prohibidas*.

Cabe recordar que pese a haber enarbolado durante los años de la guerra un furibundo discurso chovinista, ni los extremistas de ARENA ni sus acólitos intelectuales se preocuparon mayormente por dotar de sustento histórico su propia doctrina reaccionaria.<sup>23</sup> “Primero El Salvador, segundo El Salvador y tercero El Salvador”, la famosa consigna del fundador del partido Roberto D’abuisson, parece haber colmado la sensibilidad nacional de las huestes areneras durante el periodo más difícil del conflicto armado.

Posteriormente, con el advenimiento de la paz, las cosas variaron de manera significativa. Como parte del proceso de dis-

cio Sosa, coord., *Insurrección y democracia en el Circuncaribe*, México, CCyDEL, UNAM, 1998.

<sup>22</sup> Rafael Lara Martínez, ed., *En la humedad del secreto. Antología poética de Roque Dalton*, San Salvador, Dirección de Publicaciones, 1994.

<sup>23</sup> Durante algún tiempo el historiador Francisco Peccorini contribuyó de manera sistemática a la propa-

ganda derechista en la prensa y la televisión. Sin embargo no publicó ningún trabajo general de interpretación. Murió asesinado por la guerrilla en 1989.

<sup>24</sup> *Historia de El Salvador*. Ministerio de Educación. San Salvador, 1994, 2 v. Fina Viegas hace un minucioso análisis de este libro de texto en su trabajo “Historiografía salvadoreña de finales del siglo XX: los libros de texto

tensión que enmarcó el fin de las hostilidades, el gobierno derechista, por medio de las instituciones culturales del Estado, mostró una voluntad sin precedentes por limar asperezas y establecer relaciones de cooperación con los intelectuales del país, y en particular con los de izquierda. Asimismo, ha patrocinado ambiciosos proyectos culturales y educativos, como la ya mencionada antología de Roque Dalton, y diversas iniciativas relacionadas con la historia.

La primera de ellas fue la elaboración de un nuevo libro texto de historia nacional, que fue publicado en 1994.<sup>24</sup> La idea fundamental que animó esta iniciativa fue dotar a maestros y alumnos de secundaria de un texto base para cubrir los contenidos de historia del programa escolar. Asimismo, se contemplaba expresamente exaltar los nuevos valores capitales de la sociedad salvadoreña de la posguerra, la reconciliación, la paz y la democracia. Su elaboración estuvo a cargo de un grupo de autores, arqueólogos, sociólogos, economistas e historiadores, en su mayor parte extranjeros, y fue coordinada por funcionarios del gobierno y dos historiadores “locales”, uno chileno avecindado en el país, y otro salvadoreño radicado en Estados Unidos, los cuales gozaban de plena confianza por parte del gobierno.<sup>25</sup>

El resultado fue una versión bastante “limpia” de la historia nacional, correcta desde el punto académico pero más que bien aséptica y desapasionada. Cabe señalar que, más allá de su propósito original como texto escolar, este libro se convirtió en una de las lecturas favoritas del público salvadoreño durante la segunda mitad de los años noventa. Este último dato muy interesante, que

ejemplifica un fenómeno “positivo”, cual es el creciente interés por el estudio de la historia que se hizo patente en El Salvador una vez finalizada la guerra, pero que también muestra el hecho lamentable de no haberse publicado ninguna otra obra digamos “para adultos” que abarque en su conjunto la historia del país.

En efecto, las enormes expectativas que generó la aparición de este libro de texto en el sentido de anticipar el renacimiento de los estudios históricos en el país, sólo se han visto concretadas de manera parcial y lentamente. Apenas hace poco el gobierno emprendió el rescate de instituciones clave para la investigación histórica como la Biblioteca Nacional y el Archivo General de la Nación. Asimismo la Dirección de Publicaciones reeditó recientemente una serie de libros clásicos de la historiografía salvadoreña (no por cierto *Miguel Mármol* ni *Las historias prohibidas*), y tiene en puerta la traducción de importantes trabajos de historia salvadoreña producidos y publicados en el ámbito académico de los Estados Unidos. Por su parte la Universidad de El Salvador sigue siendo la única del país que cuenta con un Instituto de Estudios Históricos, pero sólo a principios del presente año, al cabo de prolongadas gestiones, pudo echarse a andar una Licenciatura en Historia en dicha casa de estudios.

Otro hecho destacado del reciente renacer de la historiografía académica en El Salvador fue la aparición de tres enormes libros, patrocinados por un banco, que abarcan los periodos prehispánico, colonial y republicano de El Salvador. De éstos, el último constituye sin duda la mayor novedad.

de Historia de El Salvador”, ponencia presentada en el VI Congreso Centroamericano de Historia, Panamá, julio de 2002.

<sup>25</sup> Ambos historiadores, Knut Walter y Héctor Lindo, son hoy por hoy los personajes más influyentes en el

quehacer historiográfico de El Salvador, no sólo por su obra sino también por el impulso que le han dado a importantes proyectos relacionados con la investigación y la divulgación de la historia.

Es una historia general del país desde la independencia hasta la actualidad, escrito por una veintena de autores, esta vez salvadoreños en su gran mayoría, si bien no todos son historiadores de profesión.<sup>26</sup>

Desde luego, se trata de un libro muy significativo, sobre todo por su extensión y la amplitud temática que pretende abarcar. Sin embargo es una obra fragmentaria, carente de ejes conceptuales que le brinden unidad, y exhibe marcadas disparidades entre capítulo y capítulo. De cierto modo cada autor escribió su propia historia, por lo que más que un libro general, de síntesis o referencia, constituye un muestrario de enfoques y tendencias, aunque en ese sentido tiene la virtud de reflejar a cabalidad el estado actual de la historiografía salvadoreña. Por otra parte, su elevado precio, algo más de cien dólares, hacen de este libro un objeto sumuario, de difícil acceso para los lectores del común.

Valga esta mención sumaria de una obra que sin duda merece un examen mucho más detenido como epílogo del presente ensayo. De alguna manera la publicación de ambos libros colectivos, el texto escolar en 1994 y *La República* en 2001, enmarcan la trayectoria de la historiografía salvadoreña durante los diez años posteriores a la guerra civil. Tomando en cuenta las características generales de ambas obras, sus aciertos y sus carencias, no puede menos que reconocerse el valor perdurable de *Las historias prohibidas*.

De manera paradójica, la narrativa de la nación que Dalton propuso como himno de batalla, parece aquilatarse en tiempos de posguerra. Pero la misma pobreza historiográfica del país hace que su elaboración deconstructiva, con sus imprecisiones, su sarcasmo y su sesgo ideológico, sigan representando hoy por hoy una visión mucho más redonda, penetrante y provocativa, más viva, más apasionada, y en este sentido también más “verdadera”, que las versiones más bien tibias y descentradas que ha producido la academia. Ciertamente, El Salvador pacificado requiere de un concepto muy distinto de cultura nacional al que postulara nuestro autor como paradigma y fundamento del proyecto revolucionario. Pero no sobra recordar que además de ponderar la paz, la democracia, las instituciones liberales, ese nuevo concepto debe retomar, en su justa proporción, la emergencia de aquella identidad «prohibida» que afloró hace treinta años con la violenta irrupción de los sectores subalternos en el escenario político, y que quiérase o no representa el parteaguas de El Salvador contemporáneo. En la valoración de este aspecto, como también en lo concerniente a otros temas centrales de la historia salvadoreña, la formación del Estado, la nación, la cultura y la identidad, el aporte de Dalton no debe depreciarse.

¿O debemos esperar que también su memoria la devoren los perros?

---

<sup>26</sup> El Salvador; *La República*, San Salvador, Banco Agrícola Comercial, 2001. Es notoria la impronta de Knut Walter, quien tuvo a su cargo la elaboración de tres capítulos. Aún así, entre sus autores figura cierto número de ex militantes revolucionarios.